

# Obama descubre América

Gabriel Guerra

El tour hemisférico de Barack Obama ha tenido su culminación en Trinidad y Tobago, donde parece haber funcionado a plenitud la combinación de carisma y contrición que lleva el presidente estadounidense en su equipaje. Por donde va, Obama derrocha simpatía y calidez, pero su discurso agrega las suficientes muestras de humildad imperial como para que el paquete completo sea más que aceptable, entusiastamente incluso, para su auditorio en turno.

Ya en la Cumbre del Grupo de los 20 o en la reunión de la OTAN, con sus a veces escepticos aliados turcos o en Irak, en México o ante sus pares de Norte, Centro y Sudamérica y el Caribe, Obama parece dispuesto a transformar la imagen de EU a pasos acelerados. Para bien y sobre todo para mal, los ocho años de la administración de George Bush habían reforzado estereotipos y confirmado prejuicios acerca del papel de EU en el mundo. Su renuencia a adoptar políticas universalmente aceptadas, ya fuera en materia de medio ambiente (ver el Tratado de Kioto) o de respeto a los derechos humanos (la Convención de Ginebra o la Corte Penal Internacional), evidenciaron el profundo desprecio que el gobierno de Bush sentía por la comunidad internacional y por cualquier concepto que requiriera de la colaboración o participación en esquemas multilaterales. Como pocas veces antes, EU hizo alarde de su poder con una arrogancia que sólo se comparó con lo equívoco de muchas de sus posturas.

Lo que no logró en décadas de guerra fría Moscú, lo hizo Washington en unos pocos años: crear una imagen de una política exterior prepotente, descuidada de las formas, alejada de los principios fundacionales y de las normas éticas que supuestamente han guiado a EU a lo largo de su historia como nación y como potencia primero y superpotencia después. Todo lo bueno que alguna vez representó EU se hizo añicos frente a los incontables agravios que con el pretexto de la "guerra contra el terror" encabezó la administración Bush.

Así, la imagen y el prestigio de Washington cayeron a la par de su influencia en América Latina. Como pocas veces en la historia, la región tomó un tinte totalmente contrario a los intereses estadounidenses, y no me refiero tan sólo a las tendencias electorales que fueron cargándose a la izquierda, sino también a que muchas naciones relativamente más moderadas en su ideología o en sus políticas internas se fueron distanciando de EU

y creando su propio espacio vital en sus respectivas zonas de influencia.

Fue ese el caso de Brasil, que es tal vez el más notorio, pero también el de Chile y Argentina, entre varios otros, que tomaron distancia sin pagar por ello precio alguno, beneficiándose en todo caso internamente por el tradicional "bono" que implica hasta la fecha (aunque eso puede estar por cambiar) el discurso contrario a EU.

Muchos mandatarios latinoamericanos ganaron puntos dentro y fuera de casa con la fácil retórica antiestadounidense, hecha aún más fácil por las acciones y omisiones de Bush, ejemplificado esto mejor que nunca en la anterior Cumbre de las Américas, la de Mar del Plata en 2005, cuyos resultados fueron desastrosos para la causa estadounidense y la de quienes quisieron en ese entonces ser compañeros de viaje de Washington.

Muy distintas las cosas ahora y no solamente por los buenos presagios en torno a la relación de EU con el gran ausente de la reunión: Cuba. Sin duda las señales de Obama y de los dos hermanos Castro son para celebrarse. El que después de décadas en las tinieblas se acepte la posibilidad real de un diálogo amplio e incluyente y que se pase de ahí a algunas acciones todavía insuficientes pero altamente simbólicas sólo puede resultar en algo bueno para la isla, para el imperio y para el hemisferio occidental.

Pero si bien el tema cubano y el saludo de Obama y Hugo Chávez fueron los más taquilleros desde el punto de vista mediático, lo cierto es que en esta primera incursión de Obama a las Américas se dio algo mucho más trascendental: al cambiar de tajo con el viejo discurso imperial y dar muestras de reconocer algunos de los vicios y errores del pasado, el novel presidente estadounidense ha dado un vuelco a la percepción de su país y de su figura en la región.

En un tono y actitud muy similares a los de su reciente gira por el Viejo Mundo, aunque con contenidos distintos, Obama ha puesto de cabeza el muy cómodo esquema del bien y el mal, del blanco y el negro (sin alusiones raciales) en el que se presentaba EU a sí mismo y en que lo veían los demás. Ni los detractores ni los incondicionales de siempre podrán volver a sus antiguas caricaturas de EU como el símbolo de todo lo bueno o de todo lo malo que sucede en el globo.

Es demasiado pronto para juzgar a Obama, hasta ahora sólo tenemos su discurso y ya llegarán los hechos. Pero lo que ya logró es incuestionable: introducir matices y tonalidades grises al viejo mapa maniqueo del mundo.

gguerra@gcya.net

www.gabrielguerracastellanos.com

